

Biblioteca-Films

LA REINA DE LA MODA

Núm. 32

25

cént.



ZELNIK Friedrich



BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN: Urgel, 40, 2.^o, 2.^a Teléfono 3028-A
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

La Reina de la moda

Historia de una alma libertada del cieno
por el amor

Interpretada por la hermosa estrella LYA MARA

Repertorio M. DE MIGUEL

«La aristocracia del Film»
Consejo de Ciento, 292 - Barcelona

I

—¡Arrastro!

—Paso.

—Y yo también... «Manitas», hoy nos estás chupando las perras de un modo indecente.

—Baraja y calla, «Anguila», ya sabes que afortunado en el juego...

—Preferirías ganar en tu porfía por el amor de Ivette; pero... ¡magras! —y al decir esto «El Anguila» pasaba el dedo índice de su diestra bajo la nariz, sorbiendo con fuerza.

—Si Ivette no me hace caso, es porque este

animal de «Padrazo» la aconseja como si en realidad fuese su padre.

—No digas torpezas, «Manitas»—dijo seriamente el llamado «Padrazo», cortando la baraja—. Ivette no ha nacido para tí; mientras este «Padrazo» viva aconsejaré a la chica como lo he hecho hasta ahora. ¿Lo oyes, «Manitas»?

—Hasta que yo me amosque y te demuestre quien soy...

—Sales tú, «Manitas»; pero antes pon un franco.

—¡ Ahf va !... —¿ Lo has entendido, «Padrazo»?... Hasta que yo me amosque.

—¿ Amenazas?

—Como tú quieras. Yo he jurado que Ivette será mía y lo será; aunque tú la aconsejes que no me haga caso.

—¿ Vais a reñir?—preguntó riendo «El Anguila»—. No estáis en el juego y me parece que esta vez vais a pagar cara vuestra distracción... ¡ Arrastro con tréfles!

—Por esta vez no te la llevas... ¡ El as!... Tira, «Manitas».

—Paso.

—¡ Gracias al diablo que empiezas a perder!

—exclamó «El Padrazo».

—Es que ahora ya empiezo a vislumbrar mi fortuna en amores... Mirad quien viene.

Y «Manitas», sonriente, extendía el brazo señalando la barandilla del puente por donde se asomaba el busto de una muchachita muy graciosa, con la cabellera rubia cortada a la romana, pobemente vestida; pero aseadita y limpia.

—¡ Psch !... ¡ Psch !—llamaba desde la barandilla agitando el brazo—. ¡ Bajo ?

—¡ Sí, sí, baja !—gritaron los tres jugadores a un tiempo arrojando las cartas al suelo.

«El Padrazo» era un hombre de unos cuarenticinco años, si bien su agitada vida de apache le hacía aparecer más viejo. Su porte no era repugnante, a pesar de su vida de depravación; y de verle en otra compañía hubiera creído tomado por un honrado obrero parisino. Sus compañeros le habían bautizado con el nombre de «Padrazo» por haber recogido hacía once años a una niñita abandonada, llamada Ivette, a quien amaba tiernamente y era el ama de llaves de los tres apaches.

«El Anguila» tenía treinta años y ya hacía diez y ocho que vivía del robo a mano armada. Había sufrido en diversas ocasiones varias condenas; pero al salir de presidio siempre volvió a sus hábitos de apache. Actualmente formaba sociedad con «El Padrazo» y «Manitas», y era el jefe y como el alma de aquéllos, pues todas las iniciativas partían de él. Era alto, delgado, con ojos pequeños y vivarachos. Vestía como un menestral, con camisa de rayas y gorra de plato echada hacia atrás, y un pañolito de color atado al cuello a guisa de corbata.

«Manitas» tenía veintiocho años; era un buen mozo, guapote: ojos grandes, negros, nariz perfecta, boca pequeña y cabello engreñado, con grandes bucles sobre las orejas. Vestía decentemente, llevaba gorra inglesa de cuadros y corbata de rayas anudada con descuido y camisa blanca sin cuello ni puños.

Desde hacía algún tiempo tenía el semblante sombrío y el ceño fruncido porque se veía despreciado por Ivette, a quien amaba.

Solían los tres apaches ejercer su *oficio* cada día en un barrio diferente, y reuníanse, hacia mediodía, en un lugar apartado para comer, avisándolo con anterioridad a Ivette cuando salían del garito donde tenían su guarida, no lejos de Montmartre, para que aquélla les llevase la comida.

—Hoy nos llevarás la *manducatoria* bajo el puente de Alejandro—habíale dicho aquella mañana «El Padrazo», antes de salir de *operaciones*.

Y llegaba Ivette saltando como una corza, llevando en un cestito la comida a los tres apaches.

—¡Qué guapa está!—exclamó suspirando «Manitas» mientras la niña corría hacia ellos.

—¡Cuidado con tu lengua, «Manitas»!—advirtióle «El Padrazo».

—¿Ya empiezas, «Padrazo»?... Déjame en paz.

—No pongas esa cara de ahorcado, «Manitas»—observó «El Anguila».

—Corre, Ivette, siéntate aquí, a mi lado—gritó «El Padrazo».

Obedeció sonriente la joven. Sentóse, abrió el cesto, extendió una servilleta en la hierba y sacó una fiambrera, platos y demás menesteres, además de varias botellas de vino.

—¿Qué nos traes, Ivette?—preguntó «El Padrazo».

—¿No lo ves, animal?—interrumpió «Manitas»—viniendo ella nos trae gloria.

—¿En pote?—preguntó jocosamente «El Anguila» señalando una lata de sardinas que Ivette acababa de sacar del cesto.

—Os traigo una gloria de carne estofada con patatas que vais a lamer hasta la cazuela.

—Yo quería hablar de la gloria de esa carita de cielo que tienes, Ivette.

—¡Ja, ja, ja!... Ya empiezas con tus bobadas, ganso!—dijo riendo Ivette, mientras «Manitas» frunció el entrecejo.

—¡Vaya, comamos en paz!—mandó «El Padrazo».

Y comieron en paz, con gran apetito, sabiéndoles a gloria el estofado con patatas, las sardinas escabechadas, el queso de Rochefort, todo rociado con sendos tragos de vino tabernario de a cuarenta.

«Manitas» comía más con los ojos que con la boca, pues los tenía fijos constantemente en la joven, la cual alegró el ágape con sus dichos alegres, con su risa franca y con su juventud y hermosura.

—¿Qué tal habéis trabajado hoy?—preguntó la traviesa muñequita guiñando el ojo con malicia.

—¡Pse!...—contestó «Manitas»—. Sin grandes entusiasmos; pero por culpa tuya. «El Anguila» se ha hecho con un reloj y unos chisnes más de una joyería.

—Por mi culpa, ¿dices?

—¡Claro!, como te queremos y tú siempre nos andas diciendo que no te gusta nuestro modo de vivir; para complacerte yo sería capaz de dejar mi *oficio* y hacerme sacristán de Notre Dame o conserje del palacio episcopal.

—¡ Ja, ja, ja !... Sería chocante ver a «Manitas» apagando cirios y tocando campanas—ob-servó Ivette con risa descompasada.

—Bien las está tocando ahora a todo vuelo—dijo «El Anguila».

—Esa es una manera muy fina de decirte que te quiere, Ivette—añadió «El Padrazo».

—Pues no creas, «Manitas»—le dijo la joven—, que por ese camino quizás me fueras más simpático.

—No me lo digas, Ivette, porque soy capaz de abandonar mi *oficio*, aunque tuviese que aburrirme de hastío. Vaya, dímelo de una vez, Ivette, y hago esta *calaverada* por tu amor.

Ivette y los dos compañeros de «Manitas» acogieron estas palabras con una carcajada. «El Padrazo», poniendo su dedo índice en las sienes, exclamó :

—¡ Grillado !

—¡ No me quieras tanto, «Manitas», que me emocionas ! ¡ Ja, ja, ja !...

—Burlas no, ¿eh ?—amenazó «Manitas» irguiéndose con faz severa.

—¡ Vaya, basta !... Ivette, tú te vas a casa. Hoy no prepares cena; cenaremos en Montmartre, en *Le Chat noir*. Iremos a buscarte a casa hacia las diez...

—Y hoy, Ivette, bailarás conmigo, mal que te pese—dijo «Manitas» levantándose con aire de amenaza.

—Lo veremos, «Manitas»; o mejor dicho, no lo veremos—dijo la hermosa ama de llaves metiendo en el cesto los platos y restos aprovechables de la comida.

—¡ Hasta la noche, Ivette !

—¡ Adiós, Ivette !

—¡ Hasta más ver, hermosa !

—¡ Adiós !... ¡ Ojo con la poli !...—contestó Ivette al saludo de los tres apaches.

Marcháronse los ladrones y un minuto después, ligera, saltarina, graciosa, fuése Ivette hacia su casa.

II

Es *Le Chat noir* un garito mezcla de cabaret, fonducho, taberna y music-hall de baja ralea, lugar obligado de reunión de apaches, tahures, gentes del hampa y meretrices, donde se han fraguado durante varios años los timos y asaltos más audaces que han dado mucho que hablar y que hacer a la policía parisina.

Nuestros tres hombres frecuentaban de noche este garito y con frecuencia también llevaban a Ivette, a quien instinctivamente repugnaba aquél ambiente de degradación y vicio que allí se respiraba.

Aquella noche, al ir hacia *Le Chat noir*, «Manitas» había dicho a la joven :

—Ivette, esta noche bailarás conmigo.

—¿ Por orden de quién ?—había preguntado ella despectivamente.

Y «Manitas» no había contestado; mas entró con sus compañeros en el mísero tugurio convencido de que la joven bailaría con él, pasase lo que pasase.

Sentáronse a una de las mesas los tres apaches y pidieron una botella de Borgoña. En aquel momento un viejo y melenudo pianista preludiaba, en el piano, un tango argentino.



La joven rodeaba el cuello de «El Padrazo» con su diestra y en el hombro de él apoyaba su mano izquierda (pág. 9)

—Ivette, prepárate a bailar con «Manitas» si no quieres tener un disgusto—dijo con sorrisa «El Anguila».

La joven—que rodeaba el cuello de «El Padrazo» con su diestra y en el hombro de él apoyaba la mano izquierda—contestó, mirando de reojo a «Manitas»:

—¡ Tan valiente es el mozo!... Este papaíto me aconseja que no vaya con malas compañías, y le obedezco.

—¡ Vaya!...—exclamó «Manitas» levantándose—. Se acabó. Tú bailas conmigo ahora mismo.

Y cogió a Ivette violentamente; pero ésta dióle un empujón y lo hizo caer de espaldas. Todos dejaron de bailar y se arremolinaron rodeando a la muchacha y felicitándola.

—¡ Que siga el baile!... No ha sido nada— exclamó Ivette.

Se reanudó el tango y ella lo bailó con el primero que se le presentó.

Desde aquel momento, «Manitas» juró para sus adentros vengarse de aquella chiquilla que le había inferido aquel desaire delante de toda la concurrencia.

III

Habitación modestísima en un cuarto piso del barrio de Montmartre: una mesa, cuatro sillas desvencijadas, una cómoda carcomida y un quinqué, constituyen todo el mobiliario de ella...

«El Padrazo» está sentado leyendo *L'Eclair*

de Paris; Ivette está ocupada en los menesteres domésticos. De pronto, «El Padrazo» llama:

—¡Ivette!... ¡Ivette!

—¿Me llamabas?

—Creo que hemos hallado lo que buscábamos. Lee este anuncio—mandó, señalando uno que se insertaba en la última plana del diario que tenía entre manos. Ivette leyó en alta voz:

Se necesitan modelos en los Grandes Almacenes de modas Le Printemps. Presentarse de nueve a doce.

—¿Qué te parece?

—Si dispusiese de cuatro trapitos limpios para presentarme, al pelo; pero así...

—Mira, Ivette; los setecientos francos que yo tengo ahorrados están a tu disposición. Con ellos te compras un vestido, te calzas y... te presentas... Tu hermosura y tu buen palmito harán lo demás.

—Gracias, gracias; eres mi padre.

—Y que lo digas, Ivette. El tuyo no te querría tanto como yo. No quiero que continúes ni un día más en el ambiente en que vives, impropio de tu edad y hermosura.

—Francamente, «Padrazo», cada día me repugna más esta vida... Hay algo en mi ser que me llama a otro ambiente, a una vida más apacible... La compañía de tus compañeros me causa hastío.

—Tienes razón, hermosa; tú has de llegar a ser una gran señora, a tener dinero, a triunfar en la vida; mas para esto hágese preciso que cambies de modo de vivir. Y ya que la suerte te brinda, quiero que te presentes mañana mis-

mo en los Grandes Almacenes «Le Printemps». ¿Quién sabe? Toma—añadió sacando una cartera raída—, aquí tienes setecientos francos. Vístete, arréglate y mañana pruebas fortuna.

—Gracias, «Padrazo», tienes un gran corazón.

—Di que tú me lo has cambiado.

IV

Por teléfono:

—¿Jorge?... Oyeme... Te espero esta noche... ¿Que tienes mucho trabajo?... No mientes; desde hace algún tiempo me tienes olvidada... Quiero que vengas esta noche... ¿Dónde?... Pues donde quieras, al Moulin Rouge, a Casa Maxim, a la Opera; la cuestión es ir contigo, gatito mío... ¿Cómo?... ¿Que arañas?... No, quien va a arañarte será yo cuando te tenga entre mis brazos... ¡Bueno!... ¡Centro!... ¡Centro!... Oiga, señorita, me ha quitado usted la comunicación en el momento más interesante de mi conferencia.

Flora colgó el auricular y dejóse caer en un diván turco.

Era la Flora una mujer hermosa, que conservaba a fuerza de maquillaje y de un lujo desenfrenado la belleza y frescura de una juventud ya en el ocaso, pues pasaba de los treinticinco. Era alta y quizás algo demasiado gruesa.

Vivía en un chalet muy coquetón del Boulevard Saint Germain que le había puesto su amante, Jorge Trenton, propietario de los Almacenes de Modas «Le Printemps», con quien

acaba de hablar hace un momento, a quien empiezan a molestar estos amores que le hacen perder mucho tiempo y dinero. Por eso hace un momento colgó el auricular malhumorado, plantando a su amante en mitad de la conferencia, lo que le dió margen a ella para creer que la señorita de la central le había quitado la comunicación.

V

Llegó Ivette a los umbrales de los Grandes Almacenes de Modas de la calle Oudinot a las nueve en punto. Tan elegante iba con el vestidito que acababa de estrenar, que ya no parecía la criadita de los apaches. Llevaba un abrigo gris, ceñido a la cintura con una correa y cubriérase con un casquete hecho de punto del que colgaba una borla.

Dirigióse al primer empleado engalonado que encontró en el zaguán, al lado del ascensor.

—Señor, he leído un anuncio en *L'Eclair*...

—El personal, en el cuarto piso—contestó regruñón, sin mirarla tan siquiera el encargado del servicio del ascensor, metiéndose en él y desapareciendo.

Subió Ivette las noventicinco escaleras con mucha prisa. Al llegar al cuarto piso, en un vestíbulo bordeado de bancos de madera respaldados, esperaban más de cuarenta mujeres de todas las edades, desde la niña de diez y seis primaveras hasta la viuda de cuarenta y más. Todas habían leído el anuncio y pretendían ser admitidas como modelos.

Ivette titubeó un minuto, luego determinada fuése a sentar donde le pareció cabía una persona.

Al poco rato apareció en el vestíbulo un joven imberbe, muy amanerado, con un papel



—Tiene V. un tipito para maniquí, que ni hecho de encargo (pág. 14)

y un lápiz en la mano, el cual, dándose mucho tono, empezó a examinar una a una a las pretendientes: era Fernando Capucín, jefe del personal. Debióle llamar la atención la carita risueña de Ivette y le hizo una señal de que se acercara.

—Señorita, ¿quiere usted tener la bondad de pasar?

—Sí, señor, sí, con mucho gusto.

Entró Ivette, acompañada de Capucin, en un gran salón en donde un señor medio calvo, de cara vulgar, se paseaba con las manos a la espalda. Era uno de los jefes de sección. Al ver a la muchachita, sonrió y guiñó el ojo a su compañero Fernando Capucin.

—¿Ha sido usted ya modelo, señorita? — preguntó a Ivette.

—No, señor; nunca.

—Le gustará a usted este oficio?

—Probaré.

—A ver, paséese usted con un poco de garbo. Ivette dió dos o tres vueltas con aire de exagerada elegancia. Luego acercáronse los dos empleados y el de más edad le dijo, con un tono de conquistadora adulación:

—Señorita... ¿cómo se llama usted?

—Ivette.

—Señorita Ivette, va a ser usted la modelo más salada de la casa... Tiene usted un tipito para maniquí, que ni hecho de encargo.

—¿Le parece a usted? —preguntó riendo Ivette.

—Me parece que va a hacer usted *furore*...

—Luego, ¿quedo admitida?

—Por unanimidad —contestó Fernando Capucin.

—Entonces hasta mañana... ¿a qué hora?

—Se entra a las nueve y se sale a las siete; pues no debe usted ignorar que todos los empleados comemos aquí.

—¿Sueldo?

—Eso, señorita, el que la directora de las pruebas le asigne.

—A más ver, señores.

Ivette, sin esperar contestación, contenta de su suerte, salió de la habitación, y saltando las escaleras de cuatro en cuatro, corría como si en brazos de su dicha volara.

Al llegar a los últimos peldaños de la escala, saltó con desenfado; mas en aquel instante un caballero se adelantaba poniendo los pies en el primer peldaño, e Ivette cayó sobre él, abrazándose a su cuello.

Era el señor Trenton, propietario de los Almacenes.

—¡Perdón, señor! —balbuceó Ivette corrida.

—¿Cómo se llama usted?

—Ivette... me han admitido como modelo y estoy muy contenta —dijo y echó a correr.

El señor Trenton siguió con la vista a la joven y luego murmuró:

—¡Qué mona es la condenada!

VI

El señor Trenton no podía borrar de su imaginación a la pequeña modelo, ni olvidar el abrazo que le dió tan expontáneamente al tropezarse en la escalera. Pasó todo el día rememorando la imagen gentil de aquella muñequita, y repitiendo su nombre entre suspiros.

—¡Ivette! —pensaba—; ¡qué nombre más acariciante!

Hallábese el señor Trenton en su despacho de la gerencia. Momentos antes de las siete, hora de salida de los empleados, apretó un botón y apareció un ordenanza.

—Diga usted a la señorita Ivette, de la Sección de modelos, que pase por mi despacho antes de salir.

Un cuarto de hora más tarde entraba Ivette, sin solicitar permiso y saltarina, como siempre, en la gerencia.

—Dicen que me llama usted, señor director.

Trenton se levantó de su asiento y se adelantó.

—Señorita, me debe usted una reparación.

—¿Yo?

—¿No me recuerda usted?

—¡Ah!... Sí, sí... Ayer en la escalera... Ignoraba que fuese usted el director.

—Y ahora que lo sabe usted, ¿no se le ocurre ninguna excusa?

—¡Perdón!

—La perdono; pero le voy a imponer un castigo.

—Usted dirá.

—Mañana por la noche vendrá usted a cenar en mi compañía.

Hubo una pausa. Ivette miró al suelo escurbiéndose las uñas; luego miró al señor Trenton con una sonrisa maliciosa y contestó:

—Señor director, no podré cumplir ese castigo.

—Por qué?

—Porque no me parece muy correcto que una mujer soltera vaya en compañía de un caballero que no le es nada.

—¿Y qué tiene que ver?... ¿Acaso es la primera vez que esto sucedería?

—¡Buenas noches, señor Director! —saludó

Ivette dejando al señor Trenton con la palabra en la boca y yéndose precipitadamente.

Aquella huída precipitada, y más aun, el rasgo de honradez de la hermosa modelo, excitó aún más su deseo de poseerla...

Al día siguiente, la directora de la Sección de pruebas está montando un modelo—que lleva puesto Ivette, la hermosa modelo—en presencia del Gerente señor Trenton, de Fernando Capucín, Inspector Jefe del personal, y de Pepito Regúlez, un tipo muy tieso y muy ridículo, Jefe del Servicio de c**o**portación; todos los presentes se comen con los ojos a la modelo, que está deslumbradora de belleza con el vestido.

—Señora Directora—dice Trenton—, la venta ha disminuido bastante, y se nota mucha calma en lo que va de temporada. Tendríamos que estudiar en qué consiste esto.

—¿Qué piensa usted que podríamos hacer, señor Trenton?—preguntó la Directora, mientras prendía con alfileres un adorno de encaje en el vestido llevado por Ivette.

—Hay que estudiarlo—contestó Trenton.

—¿Por qué no hacemos una exposición?—preguntó la modelo, mezclándose indebidamente en una conversación en la que no era requerida.

Los empleados presentes no pudieron retenér la risa; la Directora tiró del vestido de la modelo como llamándola al orden; aquello era una falta de urbanidad. El mismo Trenton quiso ponerse serio; pero la espontaneidad de la

muchacha hízole gracia. La Directora la llamó al orden :

—¡ Ivette !

Comprendió ésta que había hecho un ridículo y quiso sincerarse ; pero aun se hundió más cuando dijo :

—¿ Quizás he dicho una tontería ?

—Pues bien pensado, no está mal puesto en razón lo que ha dicho usted, señorita. Acepto su idea, con la única condición de que usted sea el principal personaje de esta exposición. ¿ Acepta usted, Ivette ?

—¿ Por qué no ?

Una carcajada de los altos empleados acogió estas últimas palabras. Creyó Ivette que se burlaban de ella y echó a correr hasta una habitación inmediata, en el momento en que la Directora acababa de prenderle en la cintura el cabo de una pieza de encaje, la cual se fué desenrollando. Cuando la modelo vió que le arrastraba el encaje, quiso recogerlo ; pero el señor Trenton puso el pie encima, sacó una tarjeta y escribió en ella : *Ivette, reciba usted este pequeño obsequio como premio de su excelente idea y como testimonio del amor que ha sabido inspirar a su admirador. J... T...* Luego desprendióse de la corbata un alfiler de platino con un valioso brillante y con él prendió la tarjeta al encaje que, recogido por Ivette, llegaba a sus manos.

Al leer la tarjeta Ivette echóse a reir, tomó un lápiz y añadió a las dos iniciales puestas por Jorge Trenton : *Juan Tenorio*. Fué hacia él, sin decir una palabra, prendiéle en la solapa la tarjeta con el precioso alfiler y huyó precipitadamente,

pitadamente, dejando a Trenton más enamorado que nunca. Mientras éste se desprendía el alfiler de la solapa, murmuraba :

—¡ Es una diablesa !

Aquel mismo día, durante la comida de los



... vaya a ver como está la expedición de América...

empleados de la casa, Fernando Capucin y Pepeito Regúlez sentáronse al lado de Ivette a quien admiraban. Al final de la comida, so pretexto de inspeccionar el servicio de los comedores, el Gerente bajó a ellos y al ver a los dos moscardones al lado de la mocita a quien él amaba, los separó de ella :

— Señor Regúlez, si usted ha terminado ya,

vaya a ver como está la expedición de América... Y usted, señor Capucín...

—Ya me voy—contestó éste, sin dejar terminar la frase al Gerente.

Minutos más tarde, cuando los timbres llamaron a los empleados, Trenton—que había quedado solo con Ivette—dijo a ésta:

—Señorita, la exposición ideada por usted se está preparando; pero sólo se llevará a efecto con su colaboración y siendo usted el eje principal de ella.

—Acepto, señor Trenton, y celebro que no haya tomado por una estupidez mi espontánea proposición.

—No, Ivette, no; ¡qué ha de ser estupidez! Lo que me extraña es que esta idea no se me haya ocurrido antes. Desde hoy va a ser usted mi colaboradora.

.....
Y se hizo la exposición anunciada con antelación y durante muchos días en toda la prensa diaria y profesional de la moda. El salón de «Le Printemps», donde se había construído un escenario coquetón, llenóse de bote en bote de la más selecta sociedad parisina.

Fernando Capucin, que se había aprendido de coro la historia de la moda femenina a través de los siglos, pronunció una disertación que aburrió bastante a la concurrencia. Al llegar a la época napoleónica, empezaron las demostraciones prácticas, dando fin los bostezos de las señoritas y las cabezadas de los caballeros. Después de cada descripción corríase una cortina y aparecía Ivette con el vestido des-

crito. Y así fueron pasando ante la distinguida concurrencia todas las fases de la moda en las épocas moderna y contemporánea, desde la moda imperio de la cintura casi bajo el sobaco y de los monumentales peinados de moño alto, hasta la falda moderada del día y de los sombreros de formas fantásticas y reluciente paja; pasando por el miriñaque, el hinchado polisón ochocentista, los vestidos de la indecente cola barrendera de 1885, los vestidos largos hasta los tacones de 1900, la *jupé entravée* y la coqueta faldita corta que tantas arrugas ha disimulado.

Como fin de fiesta, o de exposición, un negrito llevó al escenario una caja de sombreros que Ivette abrió y fueron saliendo de ella una procesión de preciosas mujercitas en miniatura con los vestidos y sombreros de todas las épocas.

Ivette fué muy felicitada y aplaudida y Jorge Trenton ganó desde aquel día una gran reputación de modisto y vió aumentada su clientela de un modo fabuloso, gracias a la idea lanzada por la mujer a quien amaba.

VII

Ivette triunfaba, y sus antiguos compañeros lo sabían. Desde que la joven había entrado como modelo de «Le Printemps», «El Padrazo» había alquilado para ella un cuartito muy lindo en una casa decente.. Pero los compañeros de «El Padrazo», deseosos de aprovecharse de la situación ventajosa de su antigua ama de llá-

ves, indujeron al más viejo de los apaches a servirse de la joven para asaltar los almacenes «Le Printemps». Mucho costó a «Manitas» y a «El Anguila» convencer al veterano salteador; pero al fin lo lograron. Escribió éste una carta a su patrocinada en los términos siguientes:

Querida Ivette: Mañana por la noche vamos a dar un golpe en los Almacenes «Le Printemps» y queremos que tú nos ayudes. No te niegues a ello, pues si tú eres lo que eres me lo de debes a mí. Procurarás quedarte durante la noche dentro de los Almacenes. Nosotros escalaremos hasta el segundo piso por la calle Oudinot, a eso de las tres de la madrugada. Espero que querrás colaborar a tan buena obra. Tu «Padrazo».

Sublevóse su espíritu contra aquella canallada y determinó, sin titubear, oponerse a la obra inicua de aquellos seres degradados. Al fin y a la postre su bienestar lo debía a la casa y, además, el señor Trenton con sus bondades y manifiesto cariño empezaba a conquistarse el amor de ella.

—No, no será, mientras yo viva—se dijo.

Aquella noche, cuando todos los empleados se fueron a sus domicilios, Ivette se escondió, quedándose en los Almacenes con la intención de evitar el robo que se prometían cometer sus antiguos compañeros.

Después de tocar las dos, hallábase Ivette en el hall del segundo piso, cuando oyó ruido en uno de los ventanales; vió transparentarse en el vidrio esmerilado la silueta del «Padrazo» y notó como éste, con un diamante de vidriero,

cortaba el cristal y lo quitaba. Por el hueco dejado por el cristal pasaron los tres apaches. Ivette se escondió al lado de la escalera. El



Si me conservas un poco de coriño, sal de aquí inmediatamente (pág. 24)

«Padrazo» y «El Anguila» bajaron los primeros y vieron a la joven.

—Ivette—preguntóle el primero—, ¿nos has preparado el camino?

La modelo se adelantó al «Padrazo», amarróse a su brazo, y díjole emocionadísima:

—Si me conservas un poco de cariño, sal de aquí inmediatamente, te lo suplico con toda mi alma.

—No te hacemos ningún mal; expoliámos de algunos de sus bienes a quien tiene de sobras, para poder vivir nosotros *honradamente*. ¿Es que matamos?... ¿A quién hacemos daño?

—¡Marchaos de aquí, o hago una que será sonada!

—Vamos a lo nuestro, «Padrazo», que el tiempo pasa—dijo «El Anguila».

—Deja a esa... traidora—añadió «Manitas». Nuestros tres ladrones saquearon la sala de modelos y empezaron a formar un fardo de vestidos valiosísimos.

Ivette, para llamar la atención a los serenos, prendió fuego a unos maniquíes y, momentos después, una inmensa llama salía por las aberturas del segundo piso.

Los apaches fueron los primeros en comprender el peligro que corrían y, abandonando todo lo que habían recogido, huyeron despavoridos.

«Manitas», antes de huir, fué hacia Ivette y díjole furibundo:

—¿Recuerdas el insulto que **me** hiciste el otro día?

—Huye, «Manitas».

—Huiré; pero antes... ¡muere!—y sacando una navaja de muelle asestóle una terrible puñalada en el hombro.

Ivette cayó bañada en sangre sobre los primeros peldaños de la escalera del hall, ya en llamas, mientras «Manitas» huía precipitadamente.

Pronto apercibieron los serenos y la policía

nocturna las llamas que salían de los ventanales y pocos instantes después un retén de bomberos procedían a escalar hasta el segundo piso con el fin de proceder a la extinción del incendio.

«Manitas» fué apresado en el mismo momento en que salía de los Almacenes.

Dos de los bomberos que primero subieron hasta el lugar donde se había iniciado el siniestro, vieron extendida en el suelo, con la cabeza apoyada en un peldaño de la escalera, el cuerpo inerte de Ivette rodeado de un humo espesísimo inaguantable y se apoderaron de la joven. Cuando salieron de la casa llevando a la modelo desmayada, acababa de llegar en su auto el propietario de los Almacenes, señor Trenton, quien ordenó acomodasen a la joven en el coche y la llevó a su casa.

VIII

—¿Qué le parece, doctor?

—La herida, afortunadamente, no es grave, señor Trenton.

En efecto, pocos días después, Ivette, rodeada de cuidados y mimada por el señor Trenton, en su propia casa, se restablecía rápidamente.

Flora, la examante de Trenton, busca una venganza, y ha llamado a un detective.

—Aquí tiene usted—decía Flora al agente—quinientos francos. Si usted saca en limpio el origen de esa muchacha que está convaleciente

en casa del señor Trenton, se gana usted mil francos más.

El «Padrazo» se había arrepentido de su locura y como apreciaba a su pequeña Ivette quiso verla. Para ello vigiló la casa de Trenton y cuando le vió salir de ella, sin notar que se le espia, saltó por la verja del jardín y se presentó delante de Ivette, la cual en aquel momento leía la prensa de la noche en el salón.

—¡Ivette! —llamó el «Padrazo» en voz baja, desde la ventana. — ¡Ivette!

—¡Por Dios, «Padrazo», que no te vean!

—Perdona lo del otro día... Estaba ofuscado... Pero lo que siento más es que ese bruto de «Manitas» te haya herido.

—No ha sido nada... ¡Pobre «Manitas»!... También estaba ofuscado.

—Pues ahora está en la cárcel; con que... ya no necesitas precaverte contra sus añagazas.

—Ten, «Padrazo», te regalo estos billetes de banco.

—Gracias, Ivette.

Al día siguiente, mientras Trenton e Ivette se entretenían en el jardín jugando como dos niños, llegó hasta ellos la examante del modisto.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Vengo a abrirte los ojos... Toma y lee.

Flora entregó a Trenton un papel escrito a máquina que éste leyó en alta voz: *Señorita Flora: el señor Trenton ha admitido en su*



—Huiré; pero antes... ¡muere! (pág. 24)

compañía a una joven que ha vivido siempre con unos apaches—los que asaltaron sus Almacenes el día del incendio—. Uno de estos apaches, el «Padrazo», se ha entrevistado con esa joven en la propia casa del señor Trenton y ha salido de allí con dinero. Esa joven se llama Ivette. — Marcel, detective.

Durante la lectura de este escrito, Ivette quedó anonadada.

—¿Es cierto esto, Ivette?—preguntó Trenton.

—Sí—contestó la joven sin atreverse a mirarle.

Sin decir ni una palabra más, Ivette fuése a su aposento, recogió sus efectos y salió de casa del señor Trenton dirigiéndose a su antigua habitación en compañía del «Padrazo».

Este tuvo gran alegría en volver a ver a su pequeña Ivette, quien reanudó su vida de ama de llaves en casa de los dos apaches. «Manitas» estaba en la cárcel.

—Ivette—preguntó el «Padrazo»—. ¿Tú querías al señor Trenton?

—Le amo con toda mi alma y es al primer hombre a quien he amado.

—¡Cómo habrás sufrido al irte de su lado!

—¡Mucho!... Tanto más cuanto que yo no soy lo que él se ha figurado; pero ¿cómo sincerarme?... Le amo, sí, le amo, «Padrazo»— repetía Ivette cayendo como habatida sentada en una silla.

—Yo creía que empezabas a amar a «Manitas».

—¿Por qué?

—Porque cuando estuviste a declarar y te

preguntaron los jueces si conocías a aquel hombre que había querido matarte, tú respondiste que no.

—Lo hice por humanidad, pero no por amor.

En esta conversación estaban cuando llamaron a la puerta. Los apaches se espantaron. «El Anguila» miró por la cerradura y dijo bajito:

—¡El señor Trenton!

Ivette se escondió de modo que pudiese oír la conversación.

—¡Abrele!—dijo el «Padrazo» amartillando una pistola que guardó en la pistolera.

—¡Buenas tardes, señores!... ¿Quién de ustedes es el «Padrazo»?

—Yo, para servirle.

—Le agradeceré me conteste a una pregunta.

—Usted dirá.

—Séame franco. ¿Qué clase de relaciones le unen a usted con Ivette?

—Yo la recogí en medio del arroyo cuando tenía seis años; conmigo ha vivido como una hija; nunca sus manos se han manchado en el robo.

—¡Mientes, «Padrazo»!—contestó alguien que acababa de entrar. Era «Manitas», recién libertado de la cárcel.— ¡Miente este hombre, señor! Ivette robó en sus Almacenes y fué ella quien nos introdujo y combinó el robo.

—Eso no es cierto—replicó el «Padrazo»—; por eso tú le diste una puñalada, porque no quiso prestarse a nuestro juego. Señor, yo le juro que Ivette es inocente.

El «Manitas» sacó una navaja y quiso herir

a Trenton; pero Ivette salió de su escondrijo y se interpuso entre Trenton y «Manitas» gritando:

—Hiere de nuevo en mi pecho y no dañes al hombre de mis amores.

El «Padrazo» y «El Anguila sujetaron a «Manitas». Entonces Trenton cogió a Ivette por el talle y le dijo:

—Ivette, tú conmigo.

IX

En el despacho de la gerencia están en amante coloquio Trenton e Ivette.

—Ivette mía, serás mi esposa, porque me has probado tener un alma grande. En medio del fango has sabido conservar tu corazón puro... ¡Cuánto te amo!

—¡Jorge! Yo nunca amé; mas al mirarme un día en el espejo de tus ojos, comprendí que debía ser tuya y sólo tuya, y té amé, había hallado a *mi hombre*.

—¡Ivette!

—¡Jorge!

Un abrazo inconscio selló sus labios en un éxtasis de amor. Cuando volvieron en sí y sus brazos se separaron, quedaron sorprendidos al ver alineados delante de ellos a todos los ordenanzas de la casa, quienes se esforzaban por conservar la seriedad delante de aquel cuadro.

—¿Qué queréis?

—Señor Gerente—dijo uno de ellos—, todos los timbres están tocando.

Y es que Ivette estaba sentada sobre los bo-

tones de llamada que había encima de la mesa escritorio del señor Trenton.

—¡Podéis ir!

Salieron los ordenanzas y Trenton dijo:

—Dame otro abrazo, ahora que estamos solos.

—¡Ay!... Así pudiese estar colgada a tu cuello por toda la vida.

FIN

Próximo número: 18 de Noviembre,

¡Oiga Vd., señorita!

No deje de leer

MONTMARTRE

cuyo sugestivo asunto demuestra el
«Triunfo del amor verdadero
sobre impúdicos amores»

creación de la incommensurable trágica

Pola Negri

Postal: La de esta estrella de la pantalla,
cuyos ojos matizan pasiones y odios

EXITO ASOMBROSO

Lo han obtenido, sin asomo de duda, nuestros números anteriores

Los Nibelungos

y

El ladrón de Bagdad

por DOUGLAS FAIRBANKS

De este último preparamos una segunda edición.

Biblioteca Films, firme en su propósito, —según el plan trazado desde su aparición con la incomparable **Rosita, la cantante callejera**, por **Mary Pickford**, hasta el número 31. **El ladrón de Bagdad**, —no ha cesado de ofrecer a los innumerables aficionados al séptimo arte, los argumentos de las mejores producciones mundiales; y, según han visto nuestros lectores, en la presente temporada ha publicado ya y tiene en cartera los mayores éxitos de ella. No en vano **Biblioteca Films** es el

TITULO DE LA SUPREMACIA

LOS PRIMEROS EXITOS DE LA TEMPORAL
LOS HA EDITADO

BIBLIOTECA FILM
EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

TITULOS DE LA
SUPREMACIA

¿DÓNDE ESTÁS HIJO MÍO?

LA BRECHA DEL INFIERNO

¡PERDIDA Y ENCONTRADA!

EL BOTONES N.º 13

MESALINA

MANDRÍN

NELLIE

LOS NIBELUNGOS

COMO AMAN LOS HOMBRES

EL LADRÓN DE BAGDAD

APARECE TODOS LOS MARTES

Imp. de DOMINGO GARROFÉ, Villarroel, 12 y 14 - BARCELONA